

de seda, hay tan bonitos groses, rasos. . — Ya pareció aquello, me dije á mi propio, y nada quiere el cura, los artículos al revés, veinte ó veinticinco varas de raso y todo lo consiguiente, chamusqué treinta y cinco cargas de maíz y la puse como una marquesa por tal de tenerla contenta. Estaba yo á pocos días en la azotea tendiendo mazorca, cuando vi una gran polvareda que se acercaba, luego distinguí perfectamente ser gente armada, me bajé á esperarlos al zaguán suponiendo que serían de los del destacamento de la villa y hasta que ya estaban á cuarenta varas no pude conocer al jefe que iba por delante; me quedé frío al reconocer á D. Carlitos que juzgábamos por muerto luego que se me acercó empuñó su lanza, metió espuelas á su caballo, y partió sobre mí furioso gritando: — *Ahora me la pagarás, bototas, yo te enseñaré á quedarte con el santo y la limosna.* Me metí precipitado para el patio, dí vuelta á un zencolote y como gato me trepé hasta arriba echándome de barriga sobre la mazorca; él entró ciego de cólera buscándome por debajo con la punta de su lanza, sus compañeros se mitieron á las otras piezas y caballeriza también buscándome, Lupe que estaba en el corredor cargando á la chiquita, azorada corrió con ella para el gallinero y allí se escondió. Al ruido de los caballos y voces salió Elisa inquieta, y al ver á Carlos dió un grito de sorpresa diciendo: — ¡Cómo! ¿no me engañan mis ojos? ¿vives aún, Carlos de mi vida? ya te había llorado por muerto, he derramado muchas lágrimas por ti. — Anda allá, ingrata, le respondió, ya me contaron tus gracias, te has casado con ese mentecato: pero no perdamos tiempo, sube en ese caballo que está ahí ensillado, y marchemos, sólo por ti he vuelto por estos andurriales. — ¿Pero, Carlos, olvidas que soy casada? — Pronto te quitaré esos escrúpulos, di mejor que eres viuda; búsqüenme á ese pícaro de bototas para colgarlo, y continuaron no buscándome sino saqueando. — Anda, Elisa, con un demonio y no me repliques, porque nos vienen picando la retaguardia. Arrimó su caballo y la estiró del tapalito. — Si yo no sé andar sola, Carlitos, ese animal me tira. — Echese á esta rotita en la silla, cabo Sánchez, ordenó; toca llamada y trote, clarín.

Todo se hizo en un instante, robaron cuanto pudieron, por

entre mis milpas trillándolas á su antojo, arreándose mis caballos y mulas mansas del llano, y lanceando bueyes y vacas, no más por perjudicarme, se retiraron. Yo que todo lo estuve oyendo, daba de barato cuanto se llevaron inclusa á la maula de mi mujer con tal de escapar el pellejo pues por momentos esperaba que me encontrarán, y no tenía la menor duda que me colgaran en los mismos fresnos que yo sembré, pudiéndome más que el robo de mi mujer, verla que con una carita de fiesta se montó muy contenta de la aparición de su Carlitos, y partió gozosa, sin acordarse de su hija. Así que se perdieron de vista, me arriesgué á bajarme temeroso de que volvieran, busqué á Lupe, y cuando estábamos lamentando mi saqueo, llegó la fuerza de la villa, me creyeron en relación con el bribón de Carlitos, también robaron lo que les pareció pretextando que yo lo había ocultado, catearon la casa y dispusieron llevarme preso por haber dado abrigo y socorros al enemigo, pues se encontraron en la caballeriza un caballo muy asoleado que relevaron con uno mío, me resistí, y después de darme de trancazos, tuve que caminar á pie y andando entre filas hasta la villa, en donde me zambulleron á la cárcel; aquí me tienen vds. que en un instante me sucedió cuanto dice el refrán, tras de cornudo apaleado, en la cárcel, robado, y para alivio de mis penas, Lupe con una india de la ranchería me fué siguiendo cargando á la chiquita, llorando mi hermana de ver mi situación, y mi hija de hambre, pues no había quien le diera de mamar y sólo contaba siete meses; mientras que yo fui conducido á la cárcel, anduvieron de casa en casa pidiendo de caridad quien le diera el pecho, y quiso la Providencia que hallaran á una tortillera que estaba criando, y por dos reales diarios servía de media leche. Merced á varios amigos que se empeñaron en diligenciar mi libertad, pude salir bajo de fianza, á los veinte días costándome más de cien pesos el negocio, y además cuanto me siguieron robando en mi casa mis mismos sirvientes y peones, la maldita cocinera también cargó con cuanto pudo, y me encontré mi casa absolutamente abandonada, la chichihua no quiso seguirnos y me resolví á correr un albur, acabando de criar á la chiquilla con te, con leche y papilla de bizcochos; no encontraba una criada de confianza y por no merecer favor, me

propuse no ocupar á persona extraña en cuanto me fuera posible. Para mis dos chiquitas y yo, conmigo sobra, me dije, dicen que la reclusión es propia para las niñas, Lupe puede acostumbrarse á estar encerrada, ya tiene largos nueve años, con mi hija se entretiene como si fuera su muñeca, le traeré juguetes, le dejaré la última pieza, la zotehuela, la cocina, el jardincito para que no se contemple encerrada, les pondré por guardianes, unos buenos perros en la azotea, y por aquí en el patio otros tantos para que me las custodien, yo sólo entraré y saldré dejando todo bien cerrado, en resumen, voy á constituir mi casa en un disimulado convento, porque sino, mi hermana crece, me la engaratusa cualquiera, y á la mejor ocasión me quedo sin luz, sin vida y sin dueño; adelante, Chepe, á formar el monasterio ya está dicho.

Mandé tapar las ventanas, alzar la citarilla de la azotea para que no se fuera á desbarrancar una muchacha, conseguí seis perros magníficos, dos para abajo y cuatro para la azotea, me levantaba, hacía nuestro desayuno, dejaba puesta la ollita del puchero, arrimado el te de la niña, cerraba mis puertas; coloqué en los bastos de la silla una bolsa de baqueta para mis llaves, volvía á buena hora á sazonar el caldo, á hacer la sopa y algunos otros bocaditos, comíamos muy tranquilos, Lupe era muy acomodada é inteligentita, de manera que al año ella era todo, ama, criada, pilmama y cuanto hay con tal empeño, que solita hacía vestiditos y se cosía allá como Dios le daba á entender; al reformar la casa me encontré con la recámara de mi idolatrada esposa apestando á zahurda de cochinos, la muy puerca no era ni para sacudir su cama, estaba el colchón podrido y lleno de gusanos, por un rincón, pedazos de amburgo nuevecitos sucios de la niña; no más cortaba género y en la primera servida lo hacía bola y al rincón; así había allí pañuelos, enaguas, tónicos, tálalos, y cuanto trapo llegaba primero á sus manos; del ropero que escapó de los cateadores no se diga, era un nido de ratones, la bacínica tenía un dedo de sarro, nunca supo lo que era escoba, una tabla entera de botes de pomadas rancias que compraba á los barilleros; hasta el peine era una plasta de mugre con uno que otro diente asomando. Fué tal el horror que aquello me causó que todo lo mandé sacar al patio y le prendí

fuego, se aplanó y blanqueó la pieza de nuevo y la destiné para pajar, diciendo al ver aquella pocilga: — ¡Malditas, malditas sean las catrinas como Elisa! ¡Dios se lo pague á D. Carlitos que cargó con la mula! Con la otra olla del dinero enterrado que me dejó mi padre, repuse mis pérdidas y comencé de nuevo á trabajar, y así solito con mis muchachas, sin más necesidad que de lavandera, á la cual cada mes le recogía la ropa limpia, pues mandé hacer harta para no estar con miserias, y comprándole tortillas á una de la ranchería, pasé largos cuatro años con mi dispensa bien habilitada, y ya restablecidas mis pérdidas, empezándome á poner en cuidado Lupe que creció mucho, y cada día se ponía más buena moza, era muy alegre y hacendosita. Llegó el día de su santo de mi hija y dispusimos festejarlo, mató una pipilita para guisarla en mole poblano, al llegar del campo al medio día, me chocó mucho ver sentada en el quicio del zaguán á una mujer muy andrajosa, sucia y enmarañada que desde que me vió venir se cubrió la cara con unos chirlos de rebozo, me supuse que sería una de tantas limosneras que en un descuido cargan con lo que pueden, abrí el portón, metí mi caballo, y eché el cerrojo, estaba yo dando agua cuando oí que tocaban la puerta; como á nadie esperaba, y los perros que salieron á recibirme la olfatearon ladraban furiosos, no quise abrir sino que calculando que sería la limosnera, me acerqué y por debajo le arrimé una peseta diciéndole: — Tome esta caridad, mujer, prosiga su camino, aquí no hay donde se hospede y la villa está retirada. Metí mi caballo á la caballeriza á que echara un pienso, seguí abriendo puertas hasta llegar al comedor, me encontré á mi hija vestida de ropita nueva, la mesa enflorada, su borreguita y dos cabritas con que jugaba muy adornadas, en fin, la pobre de Lupe no hallaba cómo sorprenderme; nos sentamos á la mesa muy contentos á tomar el mole susodicho y demás bocaditos que se aumentaron; volvieron á repetirse los toquidos al zaguán, los perros salieron furiosos ensordeciendo á todos con sus lamentos y alborotaron á los de arriba. — Qué gente tan necia, dije enojándome. — ¿Pues quién es tú? — Una limosnera á quien acabo de dar una peseta. — ¡Ah! sí, ya la vi desde la azotea andando por los ranchitos mendigando, tal vez la pobre tendrá mucha hambre, y aunque le diste la peseta por aquí

no hay que compre con ella, llévale un bocadito á esa infeliz. Dices bien, pónmelo en una ollita para dárselo y que se vaya para que no nos esté inquietando á esos animales que nos atarantan y molestan, cuando estamos más contentos celebrando á esta chatilla tan guapa. Me habilitó una ollita con una buena ración, le puse encima unas tortillas, una torta de pan y salí á darle el bocadito; por no abrir mucho el postigo y que se fuera un perro á salir y se precipitara sobre ella, sólo abrí lo suficiente para que me cupiera la mano, incliné el brazo para el lado donde estaba, quién sabe qué me dijo con voz balbuciente que por los perros no distinguí; pero al ponerle en el suelo la ollita, le dije: — Cómase ese bocadito, y lárguese, no me muele más, por el amor de Dios, porque le suelto los perros por necia y porfiada; ya le dije que aquí no hay alojamiento. Volví á correr el cerrojo y me metí á concluir nuestro festín; á la hora acostumbrada me salí para mis quehaceres, y me causó sorpresa encontrarme con la mujer allí arrinconada, la olla en el sitio que la puse y más adelante la peseta que le eché primero; me acerqué á ella con demasiado asco; le destapé la cara, tenía el cabello apelmazado, sucio, lleno de piojos, la frente prieta de la mugre y tostada del sol lo mismo que el rostro, los brazos sarnosos, en fin, asquerosísima. Mi primer pensamiento fué que estaba borracha, la toqué con el pie, le moví la cabeza y después de mil tentativas echó un suspiro, se incorporó, abrió los ojos medio enchilados, me vió fijamente, se hincó de repente y abrazándome las piernas me dijo: — ¡ Perdón, Chepe, perdón á Elisa que con su llanto moja tus pies!

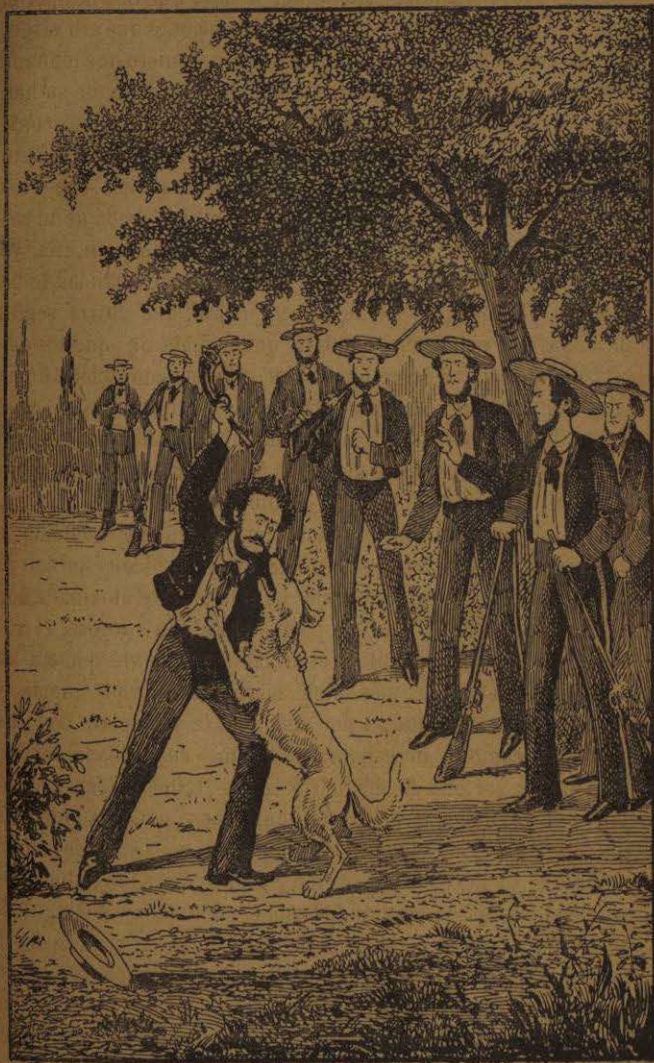
Si un rayo me hubiera caído en ese instante, no me causaría la impresión que me hizo escuchar esas palabras, y aunque lánguida reconocer su voz. — ¡ Quita de mi presencia, maldita! le dije lleno de cólera y apreté en la mano la llave del zaguán con intención de darle, como dice Astucia, una y buena por el alto de los rubios, ella sin aflojar sus brazos prosiguió: — Conozco mi delito, José, por eso imploro tu perdón, otórgamelo y mátame, te he ofendido, tú eres mi dueño, sólo he venido á pagar mi crimen; por el Santísimo Sacramento perdóname y mátame, compadécete de mi situación, mírame, ¿ me conoces? Demasiado he expiado mi delito, ya no tengo sufrimiento, quitame de padecer;

y sentía yo humedecer mis zapatos con sus lágrimas. — No debo yo de ser tu verdugo, le contesté, y aunque soy una bestia, barbaján, sé cumplir con mi deber; levántate, mujer, yo te perdono, y así Dios te perdone tus pecados. Se paró queriendo arrojar en mis brazos y la contuve diciendo: — ¡ Alto ahí señora! no llega á tanto mi bondad, demasiado ha conseguido con desarmar mi cólera al ver su miserable estado, yo no estrecho en mis brazos más que á las personas que merecen mi amor; el hombre ofendido la perdona, pero el marido burlado, jamás; si no quiere acabar sus días en la miseria, si el hambre y desnudez la han traído á mis puertas, yo la remediaré siempre que sumisa obedezca mis órdenes; ya que no ha sabido guardar mi honra y ha desacreditado las venas azules, el sedoso pelo y la sangre noble, es preciso que observe nuevo género de vida. — ¿ Pero podré contar con tu afecto, José? — Por ahora sólo le aseguro mi deber, ya veremos para más tarde si lo sabe granjear, eso depende de vd. misma, señora, de la conducta que observe y de los méritos que haga para merecerlo. — Pues dispón lo que gustes, obedeceré tus preceptos. — Alza esa caridad y véte para el jagüey, allí me esperas. Recogió la ollita y la peseta y se fué para el punto indicado, volví á abrir mi zaguán y demás puertas, de la ropa limpia de Lupe, mientras estaba entretenida en asear la cocina me saqué un vestido completo y por añadidura un pan de jabón, estropajo, un peine, dos sábanas, un corbeter, en fin, cuanto me pareció indispensable, y me salí con mi maleta en los tientos. La encontré sentada junto al agua acabándose de comer el mole frío con demasiada apetencia. — Báñate ahí, le dije, refriégate bien, por el amor de Dios, péinate, tira esos harapos por ahí lejos, vistete con esta ropa y me esperas allí al pie de aquel tejocote.

Partí á media rienda para el rancho de Viborillas, mandé desocupar una pieza que tenía con cebada en greña, que la barrieran y sacudieran, con paja y mantas formé un nido y mandé á un peón al pueblecito vecino por recaudo, carbón, velas, trastes, en fin, por cuanto calculé que allí podría encontrar, y me volví al galope. Ni yo mismo no la conocía á las dos horas de haberse presentado, me la eché en el caballo y volví para Viborillas atravesando la loma por ser mejor camino aunque más

largo. — No vayas á ser tan tonta, le dije, que cuentes por el rancho tus aventuras á las mujeres de los peones que allí viven, toda es gente extraña que no te conoce, no quiero que mañana resuciten los hechos de mi deshonra y tu infamia, que se han medio olvidado con los cuatro años largos transcurridos; como criada en la soledad y retiro de un claustro, puedes vivir allí sin que nadie perturbe tu reposo, arregla tu conciencia con Dios que sin palo ni cuarta te ha hecho conocer lo errado de tu camino, allí tendrás cuanto necesites para vivir sin miseria, yo procuraré que nada te falte, voy á ver si por casualidad te ha quedado alguna gota de la sangre noble, que corría según afirmabas por tus venas azules, y una migaja de aquellos decantados principios de religiosa vida y buena educación. En la Elisa que yo perdí suponía esas bellas cualidades, y si en la que ha llorado sus faltas á mis plantas, no palpo y me satisfago de esas prendas, jamás le volveré á ofrecer mi corazón, ni confiarle mi honra, ¿ lo entiendes? ¡ jamás!

Toda su contestación era llorar; con segunda intención le llevé rebozo y enaguas, y desde ese día me hice el ánimo de que no volviera á usar otro traje. La infeliz muy alucinada con la resurrección de D. Carlitos partió con él muy gozosa, él suponía que le podía ser útil en algo, pero así que vió que era un mueble molesto que más bien servía de estorbo, inepta y puerca, le dió sus patadas por fodonga, la reemplazó con una rancherita como la necesitaba; mirándose despreciada del jefe y sustituida por una de enaguas y rebozo, tomó venganza enredando el trompo con un oficial tan guapo, que la alquilaba á sus compañeros y la tenía muerta de hambre, acabando con la ropita que se llevó, le dieron muy pronto de mano y fué descendiendo de grado en grado, hasta ser soldadera, distinguiéndose entre las de su clase por la *Rota cuartelera*, que así era públicamente nombrada, porque no salía siguiendo á la tropa, sino que se quedaba sirviéndoles de mofa y diversión á los que entraban de guardia, por tal de que le dieran algo que comer y tener casa en que vivir, y por supuesto era la más degradada y sin vergüenza, hasta el extremo de tener que correrla los cabos á varazos, y de mendiga, desnuda y hecha un harapo, no le quedó más recurso que volver á mi casa.



¡ Plaza, Señores, plaza!...

La dejé esa tarde en Viborillas poniéndole tres pesos en la mano y un canastón con trastes y recaudo, diciéndole : — Prende lumbre y haz tu cena, con este dinero mandas comprar lo que se te ofrezca, como ya desde hoy serás de enaguas y rebozo, no será mal visto que te arrimes al brasero y guises tu comida, bastante has desacreditado el tunico que usabas, y sólo te lo pondrás cuando con hechos de gente fina vea que lo mereces. Llamé á las rancheras y les dije : — Obedezcan á esta señora en cuanto mande y se le ofrezca, yo les daré su gratificación. Seguí llevando todos los días cuanto era necesario, y á los ocho ya estaba el cuarto bien abastecido de muebles, trastes y ropa abundante, una de aquellas indias le servía de cocinera, porque la niña Elisa ni para su conveniencia fué buena; y iba de cuando en cuando, muchas veces ni me apeaba, y si entraba al cuarto era para hacer berrinches, porque allí estaban los géneros rodando de silla en silla, la canasta de costura era un basurero, una mesa que parecía un botiquín porque todo su empeño era comprar pomadas, no había por allí ningún santo ó estampa, pero sí cuatro ó cinco espejos de todos tamaños, y yo decía para mí : — Esta charchina no larga la mondalera, mas que la ponga en la trilla, qué bien hice en no meterla en caballeriza, que engorde por aquí lejecitos y lástima que no me sirva ni para enhierbar collotes. Ella empezó á mostrármeme querendona, me contó que estaba haciendo confesión general y con ese pretexto iba al pueblito los domingos, y se daba sus buenas paseadas. — Oye, Chepe, me dijo una ocasión, no seas más cruel conmigo, hazme la gracia por vida de lo que más estimes de que vea yo á mi hija, á la hija de mis entrañas. — Me pides un imposible, mujer, le contesté, tu hija no existe, tú eres causa de su muerte, la infeliz criatura estaba atendida á que la alimentaras con la leche de tus pechos, te largaste con tu primer amor, desconociste la voz de la naturaleza y la abandonaste, la criatura lloraba de hambre, yo no tenía ese sustento que tú le dabas, escuchaba su llanto desde la obscuridad de mi calabozo, Lupe mendigando de puerta en puerta con la niña en los brazos, en vano imploraba la caridad cristiana, ninguna mujer quiso quitar á su criatura su sustento para nutrir á la tuya, y era fuerza que sucumbiera : si logras que Dios te per-

done y te conceda su santa gloria, allá la verás seguramente. — ¡Cómo! ¿mi hija no existe? — No, mujer, y extraño tu sorpresa, desconozco esas lágrimas. — Soy madre y lloro por la hija de mi corazón. — Vale más tarde que nunca, y ninguno conoce el bien hasta que lo ve perdido, fuiste madre, es verdad, pero madre de chinche, más fiera que las mismas fieras. pues ésas no sólo lamen á sus hijos sino que jamás los abandonan, y mientras necesitan de su apoyo los alimentan y abrigan aún á costa de su propia existencia; pero dejemos de digresiones fastidiosas, sobre lo pasado echemos un velo, procura arreglar tu conciencia, y estando criada en el retiro de un claustro, puedes constituir este albergue en un monasterio, dedicarte á la virtud, y practicar las acciones de que tu noble corazón está dotado, observando una vida arreglada como la hace la gente fina, que criada en buenos pañales conoce sus deberes, ya que por una fatal casualidad se te olvidó que corría por tus venas sangre azul, y corriste á hacer pública tu maldad, mi deshonra y sobre todo tu fina y esmerada educación, todo lo disimulo, te perdono que hayas burlado mi persona, deshonrado mi nombre, ultrajado mi casa, faltado á la fe conyugal, en fin, cuanto mal me has causado; pero nunca el que por prostituirte hayas abandonado á una inocente criatura que se alimentaba con la leche de tus pechos, sacrificando su existencia á tu vicio; ¿qué culpa tuvo ese angelito para que tan cruelmente la despreciaras? en fin, te repito que sobre eso no quiero atravesar palabra; para que no por necesidad vuelvas á faltarme, cuenta con que aquí tendrás comida, casa, y abrigo. — ¿Pero y tu amor por qué me lo niegas cuando me has dicho que me perdonas? no tengas corazón de roca. — Porque el amor que tuve á mi esposa se lo dediqué á mi hija, y como ésta murió, murió con ella, nunca ha sido mi fuerte el amar, y la degradante clase á que pertenezco, sólo ama por humorada como las bestias á quienes tratan íntimamente.

Para evitar la ocasión iba á Viborillas lo menos posible, ella se fué haciendo de relaciones en el pueblo hasta que al fin encontró un entretenimiento que fué más condescendiente que yo, como lo llegó á averiguar tomando cartas en el negocio este zángano Tapatío, que habiéndose radicado en San Felipe acabó

de volverme torumba. El resto de mi desdichada historia está ligado con la de este bribón que de amigo, se hizo mi hermano, luego compadre, y por fin, hasta el padre de mi hija, el amo de mi casa, y á quien le debo no hacer hecho una fechoría con esa maldita catrina que hizo conmigo cera y pábilo, pagando su vil proceder del modo más horroroso, de manera que si últimamente he tenido tranquilidad es debida á las travesuras, petardos, mentiras y cóleras que me pegó este tunante para dorarme la píldora y entompeararme. — Pues cuéntanos, Juan, dijo Astucia al Tapatío, tus primeras aventuras, para que después sigas con el término de las de tu compadrito, hermano y mediero, ya que se hallan ligados tan íntimamente. — ¿Cómo está eso de mediero? replicó Chepe. — ¿Pues no dices que por fin es también Juan Navarro el padre de tu hija? luego al cabo llegaste á descubrir que Elisa y él te.. — No prosigas, indino, eso que he dicho de mi hija, es porque fué tan pillo, que á un tiempo enamoró á Lupe y se ganó el cariño de mi chiquilla, que ocasiones me causa celos al ver que le hace más mimos que á mí que soy su verdadero padre. — Pues no se me enfosque por eso, tata Chepito, búsquese por ahí otra catrincita de sangre azul, á ver si acaso un clavo saca otro clavo. — ¡Un demonio me lleve primero! si no me cansó de repetir: ¡Malditas, malditas sean de Dios las catrinas! que como la difunta, son la afrenta de las de su clase.

Quedó pendiente la narración del Tapatío porque ese día llegaron á las caleras, y Astucia se adelantó á rescatar la carga mientras los otros recogían tercios en los sitios que de antemano los tenían puestos los cosecheros.

Como á pesar de los ardides del Buldog, á cada paso eran burlados sus planes, aquel hombre de día en día discurría el modo de poder exterminar á los Hermanos de la Hoja que eran su pesadilla, poniendo en práctica cuanto le parecía, aunque para conseguir su fin empleara los medios más infames, teniendo un formal capricho de vengarse de Astucia en recompensa de haberlo dejado vivo la vez que le regaló su yoga, la cual diariamente le recordaba sus agravios; interesó á ocho hombres de su tropa ofreciendo diez onzas de gala al que le pegara á Astucia el primer balazo, los emboscó en un pinal con

que se denomina el paso del Muerto, una estrecha vereda á la orilla de un profundo voladero que en el paraje más ancho apenas tendrá una vara, y como veinticinco ó treinta de largo, á la falda del cerro llamado de las Carboneras; mandó á un tal Silvestre que con engaño hiciera pasar por allí á Astucia, y que después se le escabullera entre los breñales, y al regresar solo y chasqueado, lo fusilaran los emboscados que á cincuenta ó sesenta varas mandó agazaparse en el pinal, y él con su asistente el Bandolón, se fué á situar bastante retirado, casi en la punta del cerro para dominar el sitio y ver perfectamente sin ningún riesgo asesinar á su mortal enemigo, haciendo pie en una meseta ó retajo donde á la sombra pudiera observarlo todo, diciendo: — Más que me cueste diez onzas cada charro, yo he de lograr exterminarlos, comenzando por su vanidoso jefe.

Volvió Astucia para su jato después de recoger algunas cargas que había comprado, cuando se le presentó en el camino un ranchero en un caballo prieto regular, ofreciéndole tres tercios de tabaco, y enseñándole la muestra de calidad suprema. — ¿A cómo da su rama, amigote? — Señor, á nueve pesos. — Pues una de dos, ó está revuelta, ó quiere vd. perder el dinero. — Nada de eso, señor, tengo un compromiso y por eso la doy barata. — Esa es otra cosa, vamos á verla, y si me gusta se la pagaré á su justo precio, pues yo no cojo á los hombres con los dedos tras de la puerta. — Vamos y la verá sumerced empacar en su presencia. — ¿Qué está muy lejos? — No, señor, aquí no más en la cañadita de las Carboneras, la mandé acarrear allí para tenerla segura y más inmediata, porque de cualquiera manera estaba resuelto á que vd. se quede con ella. — Pues vaya andando que yo lo sigo.

Quebró su caballo, silbó á su perro, y se fué tras de aquel hombre sin sospechar lo más mínimo. Pepe que á la sazón venía por otro rumbo con más tercios, desconfió de aquel hombre, conocía perfectamente el paraje para donde iban, y temeroso de una traición le dió su caballo á uno de los arrieros diciéndole: — Véte aprisa para el jato y diles que estén listos. Tomó su carabina, y á pie se fué siguiéndolos. Apenas acababa de llegar el arriero con el recado y caballo de Pepe, cuando apareció uno de sus galgos preguntando: — ¿Dónde está el

amo Astucia, dónde está? — ¿Qué sucede? replicó el Tapatío. Que dice D. Serapio que en el pinal del paso del Muerto, están emboscados ocho hombres para fusilar al que vaya á ver tres tercios de tabaco que les ha de venir á ofrecer uno de un caballo prieto, y que él está en la meseta de la Carbonera con el Bulldog. — ¿Por dónde anda el jefe? gritó Chepe botas. — Ya se fué con ese sujeto para la cañada, respondió el arriero que acababa de llegar, y el amo D. Pepe se fué á pie detrás de ellos. Silbó el Tapatío y al instante se reunieron todos, y les preguntó: — ¿Quién de todos vds. sabe el camino más corto para el pinal? — Yo, respondió Tacho. — Pues mira, galgo, alcanza á Pepe y dile que Tacho con ocho hombres se va á darles su susto á los emboscados, que yo con Alejo me voy para atrapar al Bulldog en su mirador, que se suban por el recodo para que allí todos nos juntemos, pica y arrea, no te dilates. Tacho desde luego con su gente se emboscó y brincando como cabras por las malezas y matorrales entraron al pinal á toda prisa sin ser notados, tomó posesión de los puntos que juzgó mejor para caer sobre los emboscados que aun no había descubierto avanzando su línea poco á poco para atraparlos; el Tapatío y el charro, montando á caballo y dando un rodeo fueron á caer á la Carbonera, donde se encontraron con el Bandolón teniendo los caballos, y Chepe botas con cuatro arrieros sobre las armas, vigilaba las mulas y cargas para que no fuera una estratagema y que sorprendieran el jato. El Galgo alcanzó á Pepe y lo impuso de todo previniéndole que en la meseta sería el punto de reunión. — Vuélvete, le contestó, y ayuda á custodiar las cargas, y se siguió avanzando dentro del Muerto, que lo atravesó á gatas sin que lo hubiera percibido nadie, prosiguiendo á cierta distancia en observación.

— ¿Adónde está tu amo, Bandolón? dijo el Tapatío al llegar con el charrón á la meseta. — Se acaba de bajar á la ladera para ver mejor el lance, y saborear su venganza, miréno allí sobre aquella peña que no cabe de gusto, desde que vió pasar á Silvestre que va cabrestando al amo Astucia, y según lo que veo les llegó mi aviso á buen tiempo, no pude anticiparlo porque ignoraba yo sus disposiciones; pero ya estaba yo resuelto á que si ese maldito se salía con la suya, no se gozara en su

triunfo, sino asesinarlo también por alevoso, creo que no llegará ese caso y tendrán tomadas sus precauciones. — Sí, Bandoloneito, contestó el charro, sólo una desgracia inevitable podrá causarnos pesadumbre; chupa un puro y esperemos aquí agazapados.

Silvestre el guía de Astucia, así que lo pasó un buen trecho más allá del desfiladero, empezó á andar por allí subiendo y bajando, exclamando: — ¿ Por dónde habrán esos malditos amontonado el tabaco? espéreme aquí tantito su merced, voy á buscar allí arribita, y se encumbró á toda prisa perdiéndosele de vista; así que pasó un buen rato conoció Astucia su chasco, lleno de cólera se volvió paso á paso renegando de su condescendencia, con su carabina terciada en la cabeza de la silla; como á las ochenta ó cien varas antes de pasar por el paso del Muerto, se oyó un disparo y la bala dándole en la falda del sombrero se lo quitó de la cabeza. — ¡ Ah traidores! exclamó agachándose á recogerlo; á ese tiempo salió Pepe que al oír el tiro y ver balonearse á su hermano se figuró que lo habían doblado. — ¿ Qué ha habido, Lencho? gritó lleno de inquietud. — Nada, hermano, contestó acabándose de enderezar, tendré que comprar sombrero nuevo, esto no admite compostura. Y le arrancó un pedazo de falda que estaba colgando. — ¿ Pero quién ha sido ese pícaro que? y siguió el rastro del humo, empezó á buscar por arriba, mientras Pepe se trepó sobre una peña con el mismo empeño y percibió á una distancia ir corriendo al del caballo prieto para atravesar el estrecho primero que Astucia. — Ahí va bajando ese pícaro, Lencho, déjame cazarlo al vuelo, y se puso en guardia siguiéndolo con la vista hasta que tomó la vereda, se tendió en el caballo y quiso pasar la angostura, á escape Pepe apuntando con su carabina, y diciendo: — ¡ Que Dios te ayude! soltó el tiro, la bala se le introdujo á aquel infeliz por el pulmón, y otros ocho tiros que casi sonaron á un tiempo lo hicieron descender con todo y caballo por el desfiladero haciéndose pedazos contra las peñas, rodando hasta el fondo de aquella inmensa profundidad. El Bulldog que vio desaparecer el bulto, bajó del mirador dando saltos de gusto gritando: — ¡ Bien, muchachos, bien! Adiós para siempre, señor Astucia, un recadito á Lucifer; para Astucia, astucia y

media, yo le enseñaré á burlarse de mí. ¡ Viva el resguardo! vi... y otra descarga por el mismo rumbo le interrumpió la palabra, luego percibió algunos gritos amenazadores, más tiros, lamentos y gente que subía; al descubrir uno de los suyos que iba punteando, gritó: — ¡ Viva el resguardo, muchachos! — ¡ Vivan los charros! le contestó Tacho apareciendo y disparándole una pistola. ¡ Vivan los Hermanos de la Hoja! — ¡ Vivan! repetían multitud de voces. — ¡ Mueran los soplones! — ¡ Mueran, muera! también gritaban los demás, prolongándose aquel eco por toda la cañada. — El Bulldog aturdido por tan inesperado suceso, se cubrió con un árbol, sacó una pistola, y al dispararla para el grupo que subía muy espacio conduciendo algunos heridos que con sus lastimeros ayes se confundían con los mueras de los arrieros, una bala desprendida de la carabina de Tacho le voló la pistola de la mano, por lo que al verse desarmado no tuvo más recurso que correr afanoso para donde dejó su caballo; cuando ya iba á medio camino se le metió el sable entre las piernas y descendió un buen trecho rodando entre el zacatonal, desabrochó el cinturón y allí dejó la cubierta y su sombrero, llevándose la hoja desnuda, volvió á resbalar en el ocexal, y queriendo apoyarse en ella se dobló, y también descendió de costillas otro trecho, mientras los arrieros silbándole y sonándole las rodilleras, lo azuzaban y se carcajaban llenos de risa; por fin, á gatas arañando la tierra, bañado de sudor y lleno de fatiga, llegó á subir á la meseta, á donde divinando á su caballo esperaba encontrar su salvación: pero se quedó petrificado cuando al enderezarse lo saludó el Sultán con un imponente ladrido, y se fué encontrándose con Astucia rodeado de sus tres hermanos que al mirar su sorpresa, á un tiempo soltaron estrepitosas carcajadas, y el Bandolón con cara compungida amarrado en unión de los caballos. — Quieto ahí, Sultán, dijo Astucia acariciando á su perro que á la menor insinuación de su amo, se hubiera arrojado sobre el azorado Bulldog. — La que piensas te hago, comandante, sobre advertencia no hay engaño; acuérdesse que le dije al pie de las Lajas, que el día que vd. le viera la cara á Astucia, ése sería el último de su vida, es vd. caprichoso y su orgullo aquí me lo entrega. Sacude tantito á esa criatura, Pepe, límpiale la carita, Charro,

dale tantita agua, Tapatío, no le vaya á dar una alfereci, ándalo, ándalo antes que se acalambre. Cada uno fué haciendo lo que les mandó, y estaba aquél tan fuera de sí, que no puso resistencia.

Llegó Tacho y sus arrieros conduciendo tres heridos algo graves, otros leves, y tres en que se apoyaban los primeros. — ¿Qué hacemos con esta canalla? preguntó á la vez que tiraba en el suelo la pistola quebrada del comandante, su sombrero, el cinturón con la vaina, y la espada hecha un arco que fueron recogiendo. — El comandante, respondió Astucia, ha ofrecido diez onzas al que me pegara el primer tiro, ese pícaro de Silvestre que ha rodado en el desfiladero los ha ganado, miren mi sombrero que ño me deja mentir, con que así llévense al comandante para que en mano propia se las entregue, y que los acompañen sus valientes cachorros para que no lo vaya á espantar el muerto. — Conque váyanse benditos de Dios, y denle todos vds. de mi parte una memoria á Satanás, buen viaje, camaradas, hasta el valle José Juan. Al oír aquellos infelices su sentencia de muerte desbarrancados en el desfiladero, empezaron á implorar misericordia, y compadecido Astucia les dijo: — Levántense, miserables; mira, Tacho, véndale á ese hombre la pierna porque se está desangrando mucho, tú haz lo mismo con ese charro, mientras yo curo á este otro desgraciado.

El comandante vigilado por el Tapatío, que agarrado de un brazo se paseaba de un extremo á otro, sufría el mayor tormento, royéndose el bigote de rabia y teniendo por segura su muerte, sentía que le faltaba hasta el aire para respirar, á pesar de estar casi en la punta del cerro que dominaba la cañada. Así que acabó Astucia de restañarle la sangre al que se dedicó á curar, se acercó al comandante diciéndole: — ¿Quién tiene la culpa de que estos infelices derramen su sangre, maldecido Bulldog? toda la que vd. sustenta en su cuerpo, no es suficiente para reemplazarla; suéltalo, Tapatío, quiero verlo frente á frente, á ver si tiene valor para mirarme la cara. ¿Dígame, infame, qué cosa le he robado? ¿cuál es el mal que por mi causa ha sufrido, y de dónde nace ese rencor que me tiene, para poner á precio mi existencia valiéndose de la traición?

contésteme, maldecido, y le dió un tirón de los bigotes que por poco lo clava en el suelo de cabeza. — Mi deber, respondió el Bulldog á media voz, mi obligación, los señores me comprometen y... — Váyanme vds. á buscar el arma con que me tiró Silvestre, les dijo á los demás que podían andar, para darles ocasión de que se largaran y no tener que hacer justicia con ellos, y prosiguió: — Yo también tengo deber, señor comandante, y por lo mismo expongo el pellejo y me rifo con los que quieran estorbarme el paso, no me valgo de alevosías, pero no me ha contestado categóricamente á mi pregunta, ¿dígame el motivo de su odio, quiero saberlo? — « Personalmente no hay ninguno como se lo aseguré en las Lajas á Gaviño ignorando que era el mismo Astucia, el que me recomendaban los jefes », pero le prometo que... — Que no me volveré á fiar de la palabra de un alevoso, ¿lo entiende? En esto regresaron los buscadores, y entregaron á Astucia la misma yoga que le regaló al Bulldog, al verla se encendió en ira diciendo: — Maldito sea vd., comandante, pues ha mandado que con mi misma arma me fusilen, ¿qué debo hacer yo con sus pistolas sino pagarle en la misma moneda? ¿dónde están, quién de vds. las trae? — Yo, respondió uno de los arrieros presentándose las. Las empuñó Astucia, y poniéndoselas en el pecho al Bulldog iba á descargarlas, pero arrojándolas lejos de sí exclamó: — No soy asesino, ni mancho mis manos con la sangre de un traidor; nóntese en su caballo y lárguese antes que me dé la gana de patearlo, y se me suba el tonto á la cabeza; suelten á ese otro bicho de su asistente. Vds. llévense cargando á esos hombres, le dan al médico de Huamantla esta seña diciéndole que se encargue de asistirlos y que yo pagaré su curación; yo dejaré avisado en la tienda de D. Sebastián, dijo á los heridos, para que les pasen un diario mientras se alivian, busquen otra manera de vivir sin que sea perjudicando á sus paisanos y exponiendo el cuero por el miserable sueldo que les dan, échense al tajo antes de volver á ser soplones, y ciegos instrumentos de un malvado, tan cobarde como traidor, lárguense. — Pero, hombre, dijo Pepe. — ¿En qué piensas? replicó Tacho mirando libre al Bulldog y demás achichintles. — Nadie me replique, silencio, déjenlos marchar. El Bulldog, al tomar el estribo, no sabía si era sueño ó realidad

lo que había pasado; pero el ardor que sentía en la cara del estirón de bigotes le recordó su rencor, llenándose de gusto al ver que debajo del bosquecillo estaban las pistolas de arzón que allí portaba, con mucho disimulo empuñó una con la mano derecha, quebró su caballo por el lado del subir, y así que salió del círculo que todos formaban la disparó violentamente sobre Astucia diciendo: — Tenga su merecido, grandisí.. y sirviéndole la pistola de cuarta apuraba á su caballo en la cuesta arriba. Pepe arrancó á ver á su jefe, preguntando: — ¿Dónde te dió, hermano, dónde te dió? Todos los demás preparando sus armas, iban á descargarlas al traidor Bulldog, y uno de los mismos suyos le disparó un tiro que le dió al caballo en una nalga. — Nadie le ofenda, gritó Astucia, apagándose las puntas de la mascada del cuello que ardió con el fogonazo, y haciendo á todos retirar sus armas. — ¿Qué tal si no le quito las balas? exclamó el Bandolón, siempre ese maldito nos da una pesadumbre.

Todos aunque llenos de indignación tuvieron que obedecer á las órdenes de su jefe, excepto uno que partiendo como un rayo lo alcanzó, y cuando iba tendido sobre el caballo con la cara volteada para el lado derecho, dándole pitolazos por la anca para que corriera, de un brinco le afianzó el brazo izquierdo, y con el peso de su cuerpo lo chispó de la silla; éste fué el Sultán que sin soltar su presa bajaron ambos rodando hasta parar en la meseta. Al verlos hechos bola gritó Astucia: — *Plaza, señores, plaza, un Bulldog contra un mastin, déjenlos retozar, ocho á cuatro á mi sultán; casen, casen encomenderos.* Todos formaron círculo mirando aquella encarnizada lucha; en fuerza de muchos esfuerzos y golpes con la pistola, pudo el Bulldog quitarse al perro de encima y pararse con todo el brazo masticado tratando de acobardar á su contrario dándole un buen golpe en la cabeza, el perro le hizo un quite, á la vez que brincándole furioso le plantó una tarascada en la cara haciéndole trizas un carrillo, entonces lo abrazó lleno de mohina queriéndolo ahogar, lucharon un poco, cayó el perro debajo y su contrario atravesado sobre él, en vano le buscaba el pescuezo para apretárselo, cada vez que lo intentaba retiraba sus manos mutiladas, hizo el perro un esfuerzo, y cambiando de posición, le

afianzó la garganta, dieron sus grandes quijadas tres ó cuatro muelladas, el Bulldog se estiró lleno de convulsiones, volteó los ojos en blanco y expiró. Fué tan violento todo aquello, que en seis ú ocho minutos pagó aquel infeliz todas sus alevosias. En cuanto quedó inerte se retiró el Sultán cesando de fatiga, enseñando sus colmillos ensangrentados, y arrimándose á su amo meneaba la cola y hacía fiestas como dándole á entender: estás vengado. — Bien, Sultancillo, bien has quedado, le dijo Astucia haciéndole cariños, desde mañana se te dará un pambaso más. Señores, todos vds. son testigos de este lance, ni los Hermanos de la Hoja, ni sus valientes arrieros, han privado de la vida á ese infeliz, aquí tienen patente un castigo de Dios, nadie le aconsejó á mi perro que me vengara, la sangre de vds. que por un capricho aquí han regado, mírenla revuelta con la del traidor que tenía sed de la mía, recojan todas sus cosas, entréguenlas á sus deudos, y den gracias á Dios de poder contar el cuento, pues si nosotros fuéramos tan pillos y alevosos como vds., tiempo hace que estuvieran acompañando á Silvestre que con todo y caballo habrá ido á parar hasta el infierno, lo mismo que su comandante con todo y pistola; salvo la misericordia de Dios que es infinita; mira, Bandolón, á pesar de las señas que mando al médico, dile que le recomiende la eficaz asistencia de estos pobres, y que me cobre lo que fuere, tanto de las medicinas como de su trabajo, porque nosotros no somos asesinos, y hacemos enanto bien se puede á nuestros semejantes.

No hallaban aquellos hombres voces con que demostrar su agradecimiento, cargaron con sus heridos, atravesaron el cuerpo del Bulldog en su propio caballo, y llegaron á su cuartel contando el caso tal y como aconteció, de lo cual se hizo el correspondiente proceso y demás averiguaciones, sacando de la barranca el cuerpo hecho pedazos de Silvestre; quedando aquellos hechos en el protocolo para incidente de los culpables cuando cayeren en poder de la justicia. Astucia siguió de los suyos se retiró por distinto camino, lamentando aquel suceso que sin duda podría acarrearles otras consecuencias. — ¿En qué piensas, Lencho? preguntó Pepe. — En lo que piencho piencho, le contestó, yo no quería que el Bulldog hubiera pagado tan

pronto, ya le conocíamos el juego, y sin dificultad lo sorteábamos, ahora siento no haberle quitado al perro, pero me dió tanto coraje ver que le pegaba de pistolazos al pobre animal, que por eso mandé formar plaza, pero francamente mejor hubiera querido que acobardado el Sultán se hubiera retirado sin lograr su triunfo, ahora tendremos que estudiar al que lo reemplace y emplear nuestras estratagemas, que nos hubiéramos excusado si evitamos el acontecimiento; pero ya sucedió esa desgracia, y Dios haya perdonado á esos infelices, nadie sabe el fin que se le espera. En cuanto tuvieron oportunidad obligaron al Tapatío á que contara su historia, y continuara con la de Chepe que á los dos los ligaba, y accediendo, comenzó en los términos siguientes :

CAPÍTULO VI

Historia del Tapatío, segunda parte de la de Chepe
Botas, y trastornos de familia.

Vamos al cuento, dijo el Tapatío, ya les he dicho que soy Guadalupeño, natural de Pantitlan y por esta causa me dieron el sobrenombre de Tapatío, con que desde chico me distinguían de otros jóvenes que nos reuníamos para viajar en nuestro giro; digo nuestro, porque desde que salí de la escuela, andaba siempre con mi padre de encomendero, así les llaman por allá en casa á los que se encargan de conducir partidas de animales á su realización, y les pagan por su encomienda un tanto proporcional, ó les destajan precio moderado para dejarles á ganar alguna cosa. Mi señor padre había tenido esa ocupación por muchos años, su buena conducta y legalidad, le dieron mucho crédito con todos los hacendados y rancheros que confiaban á su eficacia y conocimiento sus intereses, anunciaba su marcha y ocurrían á mi casa sus amigos trayéndole los animales que se había propuesto realizar en ese viaje, según él calculaba la buena época de que valieran ó que le habían encargado, como caballada bruta ó mansa, mulada, pastorías, en fin lo que se proporcionaba; como tenía algunos fonditos suyos, también hacía compras por su cuenta para comerciar, se reunía la partida, á cada dueño se le abría su cuenta, á algunos les anticipaba cantidades, y con los aventureros que nos servían de criados en cada viaje marchábamos para Mexico, tierra Caliente, Puebla, ó hasta donde se podía vender la última cabeza, sino era que por todo el camino veníamos realizando, y ya sólo el resto llegaba á la capital; se recogía el dinero, se compraban encargos de los mismos dueños y hasta que regresábamos á la casa, se hacían las liquidaciones, y entregaban los alcances á